

Un politólogo nacional

Jorge Vega Rodríguez

El Lic. Enrique Benavides nos acaba de regalar tres comentarios titulados "El trasfondo del momento político nacional" que lo revelan una vez más, como ampliamente versado en politología: análisis, síntesis, conclusiones. Ya lo habíamos apreciado en sus diarios comentarios en La Columna.

Sus bien hilvanadas glosas son platillo cotidiano, tanto para las personas a quien vayan dirigidas, como para los asiduos e inocentes leyentes. Los primeros con zozobra, los segundos con fruición. Con sorprendente habilidad y dominio, sorteas los vericuetos de nuestra política, cual moderno, cual acostumbrado conductor. Sigue los lineamientos del italiano que "cuando una cosa es buena en sí, no necesita leyes ni demostración".

El pensador peruano Mariátegui exclamaba que la inteligencia le gusta ser poseída por la fuerza, porque la inteligencia en su mayoría se acompaña de debilidad y timidez. Pero, en Enrique Benavides la inteligencia sobra y la hace acompañar con oportunidad y transparencia. Tiene del abogado lo primero y del profesor la diafanidad. Trata de aconsejar o remediar en holocausto a la justicia, situaciones políticas enmarañadas. Cordialmente, alejando cualquier intento peyorativo, se le considera la "vedette" de La Nación, o más allá, del periodismo nacional.

La política es un monstruo que devora inteligencias, voluntades, ánimos, en fin... individuos. León Blum, paternal suave, irónico se transformaba en el llamado "el Trastornador" cuando combatía por sus ideas, o mejor por sus ideales, hasta llegar a calificarlo irrespetuosamente "Jack el Destripador". Sin embargo, por sus mismas virtudes, puso orden, señaló caminos en una Francia desgredada y gritona, ahita de políticos inferiores. Nuestro Benavides, guardando distancia histórica, personajes, doctrinas, trata con sus amargos análisis en ocasiones urticariantes frases, que surja mejoramiento en el comportamiento político de sus directores. Señala caminos lógicos, crisoles lógicos, metas lógicas, resultados lógicos. Que sus censuras no sean solamente eso, sino de gran utilidad.

El actual Presidente de la República y el gobierno en general, han sido objeto de sus más rigurosas críticas. Con argumentos alejados de lirismo, de efusión romántica, se desliza por el terreno escabroso de la dialéctica. Sus frases, sus citas no son pólvora gastada en salvas.

Para salud de la república y beneficio de los lectores de buena fe, esos atisbos periodísticos llevan un fin constructor, de aliento vital, de fervor patriótico y no solamente la ansiedad de la polémica, de la censura mordaz. Llevan también el germen de consejos, advertencias, caminos utilizables. Y... "como del enemigo el consejo", sería muy aconsejable que los funcionarios actuales gubernamentales oigan esas voces, no almibaradas, sino tenaces y francas. La enfermedad moral de nuestro conglomerado humano es creer que los derechos fueron creados con una

concepción ilimitada y los deberes con una concepción liliptiense, casi hormigoso.

El Lic. Benavides habitualmente reparte mandobles a diestra y siniestra. Al partido en el poder y al de la oposición. Al primero porque no ha cumplido con lo más elemental de sus postulados con que arrancó. Y al segundo porque no está funcionando debidamente, ha perdido brios en sus enfoques, unidad en sus apreciaciones y criterios, carece de mística y claridad en sus cuadros y en sus diagnósticos. Esta prueba de politología del escritor es difícil obtenerla. Mayor severidad por igual, proclama justicia severa.

Así dice: "Con dosis homeopáticas de neoliberalismo en materia monetaria y crediticia, poco después rectificadas; de intervencionismo en materia de precios; de socialdemocracia y de atisbos socialcristianos su administración (la del Lic. Carazo) se parece a esos pintorescos delantales de nuestras campesinas, hechos de retazos de todos colores".

Si el gobernante y el politólogo no son antípodas, para bien del país y claridad en sus metas, deben oírse mutuamente, no solamente con el pabellón auricular, sino con el mejor de los ánimos, atento prosector uno, ávida autoridad el otro. Que en la vida nacional no todo debe ser aplanchar sino también reverdecer.

Daniel Cosío Villegas, el malogrado politólogo mexicano de tan altos vuelos, exclamaba sobre un presidente de su país "...el temperamento, el carácter, las simpatías y las diferencias, la educación y la experiencia personales influirán de un modo claro en toda su vida pública, y por lo tanto, en sus actos de gobierno". Palabras ejemplares asequibles para comprensión de que se debe oír, comprender. Pasa el tiempo, pasan las obras de gobierno, pasan los ditirambos o los denuetos, una sola cosa perdura, la legitimidad de nuestros actos y la clara honradez.

Estas reflexiones, al margen de muchas otras, fueron inspiradas por la manera de enfocar la politología el Lic. Benavides, sobre actuaciones del gobierno actual, tanto como de partidos políticos vigentes. Ellos deben excluir para su mejor aprovechamiento, aguda sensibilidad, epidermis irritable, vanidad superflua. Ejemplo histórico fue el protagonizado por el emperador Teodosio el Grande, quien publicó un edicto a nombre suyo y de sus hijos Arcadio y Honorio, para que no fueran castigados ninguno que censurara a los príncipes, porque decía, si lo hacían con ligereza debía despreciarse, si con locura, compadecerse, y si con malicia, perdonarse. Pero, añadía enérgicamente, si la censura era justa, debía acatarse. Esta ley romana creada con esa base, para que el emperador o gobernante no se crea omnisciente. Apotegma sabio: debe oírse la crítica y analizarla, recapacitar fríamente.

Las cosas, sobre todo en política, deben tomarse como son y no como debieran ser, según el decir popular, el viento como sopla, los hechos como vienen y los hombres como son.